

to. (*Eus. ibid., c. XVI y XVII. Sozom. Hist. lib. I., cap. XII. Ger. De los escrit. ecles. cap. VIII. Cass. Instit. lib. II., cap. V.*) San Márcos terminó su vida martirizado en el año 62, ó según otros el de 68 de la era cristiana. Antes había escogido y ordenado para que le sucediese en la silla de Alejandría á uno de sus discípulos llamado Aniano, que gobernó esta iglesia veintidos años. Al tiempo que San Pedro predicaba el Evangelio en la capital del mundo, y le propagaba por sus discípulos en las provincias de Occidente; San Pablo y San Bernabé que habian traído á Jerusalem las limosnas de los fieles, volvieron muy pronto á Antioquía, llevándose consigo á Juan, por sobrenombre Márcos, diferente del evangelista, y á lo que se cree primo de San Bernabé. Entonces habia en Antioquía profetas y doctores, de los que muchos habian recibido de los apóstoles las órdenes episcopales, entre otros Simon (llamado el negro), Lucio de Cirene, y Manahem, hermano de leche de Herodes el tetrarca. Un día que se habian reunido para la celebracion de los santos misterios, el Espíritu Santo les dijo: "separad á Saulo y Bernabé para la obra á que los destino." Y como ayunasen é hiciesen oracion, les impusieron las manos y los dejaron marchar. Así fueron instituidos ambos apóstoles de los gentiles; pero Saulo llevaba el primer lugar desde entonces. Se cree que por estos tiempos (año 42) fué arrebatado al tercer cielo, donde Dios le reveló secretos que no es licito á los hombres saber (2. *Corint. cap. XII.*) Mas para evitar que le sirviesen de orgullo y satisfaccion estos y otros favores que recibió de Dios, quedó sujeto á duras tentaciones: pedia á Dios que le libertase de ellas, y empleaba en vencerlas todos los rigores de la penitencia, juntos á las fatigas del apostolado, para no perderse el apóstol cuando salvaba á otros.

Saulo y Bernabé, inspirados y con la mision del Espíritu Santo, pasaron á Seleucia en el Mediterráneo, y de allí fueron embarcados á Chipre. Llegados á Salamina, una de sus principales ciudades, predicaron el Evangelio, primero en la sinagoga segun la regla adoptada por San Pablo, y recorriendo despues lo demas de la isla; lo que exigia seguramente una larga mansion: luego vinieron hasta Pafos, en que residia el procónsul romano Sergio Paulo. Este hombre sábio y prudente deseó oír la palabra de Dios, y llamó á los dos apóstoles; pero un mago judío, llamado Barjesus, que se hacia profeta con el sobrenombre de Elimas, como indicante de su profesion, hizo todos sus esfuerzos para impedirle que abrazase la fé. Saulo, lleno de indignacion, y reprendiéndole su perfidia, le castigó privándole de la vista: el procónsul, admirado con este suceso, no tardó en convertirse. Desde este punto la Escritura da siempre á Saulo el nombre de Pablo, ya porque le tomase á imitacion del procónsul en memoria de esta gloriosa conversion, ó ya que desde el principio llevase ambos nombres, el uno hebreo como

judío, y el otro latino como ciudadano romano, y que usara con preferencia de este cuando trataba con los gentiles.

San Pablo y los compañeros se embarcaron muy pronto en Pafos y fueron á Perga, en Panfilia, donde Juan Márcos, que hasta entonces le habia seguido, los dejó para volver á Jerusalem, desalentado sin duda por la distancia. Los apóstoles, sin detenerse en Perga, pasaron á Antioquia de Pisidia, llamada tambien Cesarea, para distinguirla de Antioquia la mayor. El día del sábado entraron en la sinagoga, en que los judíos se juntaban para orar en comunidad, y oír la lectura y explicacion de la Escritura santa. Despues de este acto, los gefes de la sinagoga les dijeron que si tenian que hacer alguna exhortacion al pueblo podian hacerlo. Luego incontinenti, levantándose San Pablo y haciendo señal con la mano, expuso los misterios de Jesucristo, su pasion y resurreccion, la necesidad de creer en él para justificarse, y confirmó lo que les predicaba con el testimonio de San Juan Bautista y por la aplicacion de las profecias que habian anunciado todas las cosas ocurridas. Al salir de la sinagoga, le pidieron que al sábado siguiente volviese á predicar: y desde entonces muchos judíos y prosélitos, conmovidos de sus sermones, se adhirieron á los apóstoles y abrazaron el Evangelio. El sábado siguiente casi toda la ciudad se reunió para oírlos. Viendo los judíos tal concurso de pueblo tomaron celos, y comenzaron á contrariar á San Pablo con un furor que llegó hasta las injurias y blasfemias. Entonces Pablo y Bernabé les dijeron: "A vosotros debiamos dirigir la palabra de Dios; pero pues la rehusais, nos dirigiremos ahora á los gentiles en observancia del precepto del Señor." Los gentiles manifestaron mucha alegría, y segun parece, asistian en masa á las sinagogas de la Pisidia y provincias inmediatas. Muchos abrazaron la fé, y en breve el Evangelio se extendió por todo el pais. Pero nada omitieron los judíos para impedirlo; porque habiendo excitado contra San Pablo á los principales de la ciudad, especialmente á las mugeres, lograron expulsarle de la provincia.

Con este motivo los dos apóstoles pasaron á Icona en la Liconia, y predicando en la sinagoga, segun su costumbre, convirtieron á una multitud de judíos y de gentiles. Aquí tambien hallaron oposicion de parte de los judíos incrédulos, que emplearon todos los medios á su alcance para hacerlos odiosos, y por último lograron amotinar algunos habitantes. Sin embargo, los apóstoles continuaron mucho tiempo viviendo entre ellos, é hicieron muchos milagros que cada día aumentaban el número de los discípulos. Durante esta mansion instruyó San Pablo á la ilustre Santa Tecla, que pertenecia á una familia ilustre, y poseia todos los conocimientos y talento que puede dar una brillante educacion unida á las mas felices disposiciones. Aunque se le ofreció un enlace con otra casa esclarecida, renunció generosamente esta alianza por conservar su

pareza. Entonces su futuro esposo, tomando en favor el amor que la tenía, condenóla á ser despedazada por las fieras. Pero los leones que soltaron para ejecutar aquella bárbara sentencia, perdiendo su ferocidad, se arrojaron á sus pies. Cuéntase que se libertó maravillosamente del fuego, lo que no impidió el contarla en el número de los mártires y la primera de su sexo que le obtuvo.

Como los judíos y principales habitantes no ponian término á su odio contra los apóstoles, y se disponian á apedrearlos; juzgaron estos conveniente el retirarse, y llevaron la luz del Evangelio á Lystra, Derba y otros lugares circunvecinos. Predicando en Lystra San Pablo y reparando entre los oyentes á un tullido de nacimiento, le dijo: "levántate y camina." Levantóse el hombre en el acto y se puso á saltar de alegría: el pueblo idólatra, testigo del prodigio exclamó entonces en lengua del pais: "Estos son dioses que han bajado hasta nosotros en forma humana." A Bernabé le llamaron Júpiter, y á San Pablo Mercurio, porque este era el que hablaba. Pues tanto se imbuyeron los entendimientos de esta idea, que ya un sacerdote de un templo de Júpiter mandó traer dos toros coronados de flores para ofrecerlos en sacrificio. Habiéndolo sabido los apóstoles, rompieron sus vestidos, y se arrojaron en medio de la turba diciendo á voces: "¿Qué vais á hacer? nosotros somos hombres como los demas: venimos á predicaros para que dejéis esas supersticiones, para que os convirtáis á Dios vivo, que ha criado el cielo y la tierra." Costóles mucho trabajo el impedir que el pueblo los adorase; pero los judíos que vinieron de Iconio y de Antioquia, principiaron á declamar contra los apóstoles, y ganando á la multitud apedearon á San Pablo y le arrojaron fuera de la ciudad, donde le dejaron por muerto; mas volviéndole los fieles le auxiliaron, y el apóstol volvió con ellos á la poblacion: al día siguiente salieron para Derba Pablo y Bernabé.

En esta fructificó la predicacion del Evangelio, y se volvieron á Lystra, luego á Iconio y Antioquia, animando á los discípulos y exhortándolos á perseverar en la fé á pesar de las persecuciones. Mandaron tambien que en las iglesias residiesen los clérigos que instituyeron para cada una. Atravesando la Pisidia volvieron á Paulilia, predicaron en Perga, y finalmente se embarcaron en Atalia para volver á Antioquia la grande, de donde salieron. Llegados al término de su viaje, juntaron á los fieles y les refirieron los resultados de su mision entre los gentiles. Permanecieron allí bastante tiempo, y la Escritura nada dice de su predicacion durante él hasta el concilio de Jerusalem. Sin embargo, es probable que durante este intervalo, que se supone de muchos años, San Pablo ejerciese su ministerio en otros parages, y algunos autores han creído que no estaba mal colocado en esta época lo que dijo en su epistola á los romanos (*cap. XV*): que llevó á la Syria el Evangelio en

los sitios donde aun no se habia anunciado el nombre de Jesucristo (1).

Sea como quiera, en Antioquia estaba así como Bernabé, citando los cristianos que vinieron de Judea, enseñaron que no podia nadie salvarse sin la circuncision y la observancia de las ceremonias de la ley. San Pablo y San Bernabé se opusieron fuertemente á esta doctrina, sosteniendo que Jesucristo habia venido á libertar á los fieles de las antiguas prácticas, y que era destruir todo el fruto del Evangelio el quererlos sujetar á esta penosa servidumbre. Como la division continuaba, se resolvió que irian á Jerusalem con algunos del partido contrario, para procurar que se decidiese esta cuestion de una manera solemne por los apóstoles. Llevaron consigo á Tito, y atravesando la Fenicia y la Samaria, llenaron de alegría á todos los fieles con la relacion de las conversiones que Dios habia obrado entre los gentiles. Habiendo llegado á Jerusalem, fueron recibidos con todos los testimonios de un vivo afecto por los apóstoles, obispos y sacerdotes que estaban reunidos. Algunos que habian recibido la fé, siendo antes fariseos, defendieron con calor la opinion opuesta á San Pablo, y sostuvieron que era preciso circuncidar á los gentiles convertidos, y obligarlos á la observancia de las leyes de Moises. Insistieron fuertemente para que adoptase esta obligacion Tito, que era gentil; pero por lo mismo que intentaban hacer obligatoria esta práctica, San Pablo se empeñó en conservar la libertad del Evangelio, y no quiso que Tito se circuncidara, aunque se habia ya conformado, ni otros posteriormente, para que lo que habia pasado antes como tolerado, no se erigiese ahora en precepto.

Juntáronse, pues, los apóstoles con los obispos y presbíteros para decidir esta cuestion; y este fué el primer concilio que se ha tenido en la Iglesia. San Pedro, como vicario de Jesucristo, fué la cabeza de él. Entonces se hallaba en el Oriente despues de haber salido de Roma, ya con motivo del edicto de Claudio que desterraba de ella á los judíos, ó ya por otros motivos que ignoramos. En cuanto á los demas apóstoles San Lucas no señala en particular mas que á Santiago, obispo de Jerusalem, ademas de San Pablo y San Bernabé. Por la carta á los galatas se infiere que San Juan estuvo tambien, y muchos santos padres suponen con bastante probabilidad que aun habia otros. Se habia convocado á los presbíteros y algunos otros ministros antiguos, no porque tuviesen el derecho de decidir, que es pecu-

(1) Es cierto que San Lucas en los actos de los apóstoles no refirió todas las circunstancias de los viajes y predicacion de San Pablo, sobre todo antes de la época en que llegó á ser su compañero; porque en la epistola II á los corintios, se ve que este apóstol habia sido cinco veces azotado por los judíos, y cada vez recibió treinta y nueve azotes, segun su costumbre; que le habian dado de palo tres veces y apedreado una; en fin, que habia naufragado tres veces y naufragó en el fondo del mar un día y una noche, es decir, botando entre las olas sin barco, y expuesto á cada momento. No se hallan mas que una ó dos de estas circunstancias en el libro de los actos.

los obispos, sino como consultores para ilustrar el exámen y decision, refiriendo lo que habian sabido de los apóstoles ausentes al mismo Jesucristo. Despues de discutir detenidamente é ilustrar la cuestion bajo todas sus circunstancias, se levantó San Pedro y dió su voto el primero en estos términos: "Hermanos, ya sabeis que Dios me ha escogido hace mucho tiempo para que predique por mi boca el Evangelio á los gentiles, y él, que conoce los corazones, ha dado testimonio de su fé inspirándonos su divino espíritu á todos sin establecer ninguna diferencia. ¿Por qué pues tentais á Dios imponiendo á sus discípulos un yugo, que nuestros padres, ni nosotros no hemos podido llevar?" Al punto que acabó, guardando silencio todos, contaron San Pedro y San Bernabé lo que habian hecho entre los gentiles, y los numerosos milagros que habian ratificado su predicacion: tomó despues Santiago la palabra, y manifestando que la decision de San Pedro era conforme con las santas Escrituras, dió su parecer en estos términos: "Por tanto juzgo que no se deba inquietar á los gentiles convertidos, sino solamente advertirles que se abstengan de adorar los ídolos, de la fornicacion, de usar carnes sofocadas y de sangre." Pronunciándose toda la asamblea en igual sentir, se resolvió que se enviara á Antioquia con Pablo y Bernabé á dos de los principales discípulos para notificarles esta decision. Eligieron á Judas (*Barsabas*) y Silas para que llevasen de parte del concilio una carta en que se insertaba el acuerdo del mismo en estos términos: "Ha parecido bien al Espíritu Santo y á nosotros no imponeros otras cargas que estas que son necesarias; á saber, absteneros de carnes sacrificadas á los ídolos, de animales sofocados, de sangre, y de la fornicacion." Se creyó que debía comprenderse este último punto en el decreto, porque la corrupcion del paganismo habia oscurecido de tal modo las luces naturales, que muchos miraban la fornicacion como cosa indiferente: en cuanto á la prohibicion de alimentarse con sangre, la Iglesia juzgó conveniente conservarla por algun tiempo, como una prueba de que no condenaba la ley antigua, aboliéndola, y acaso porque era una supersticion de los paganos, que creian que las almas de los muertos y aun los dioses no tenian otro alimento que la sangre.

Tal fué la conducta del primer concilio que sirvió de regla á los posteriores. S. Pedro le convocó y presidió, y habló el primero como cabeza de la Iglesia y príncipe de los apóstoles. Santiago dió tambien su parecer, y la decision formada por el consentimiento de todos es proclamada como decision del Espíritu Santo, y enviada á los fieles para que la recibiesen y ejecutasen con sumision. Este concilio se tuvo, á lo que creemos, en el año 51 de Jesucristo, á los catorce del primer viaje de S. Pablo á Jerusalem despues de su conversion (*Galat. cap. II*). Aunque pudo este apóstol por su autoridad sola decidir la cuestion, como que habia recibido su apostola-

do del Espíritu Santo, y confirmandole con milagros; sin embargo quiso invocar el juicio de los demas apóstoles y del jefe de ellos, para que su doctrina hallase menos obstáculos despues de esta solemne determinacion. Tambien acordó, á consecuencia de una revelacion, pasar á Jerusalem para consultar con el príncipe de los apóstoles sobre su doctrina y su mision. S. Pedro, Santiago y S. Juan, no dudaron en aquella ocasion reconocer que S. Pablo habia recibido de Dios la órden de anunciar el Evangelio á los gentiles, y se dieron mutuamente la mano, así como á Bernabé, en señal de la union que habia entre ellos, exhortándolos á que continuaran su predicacion, y recoméndándoles solamente que no perdisen de vista á los pobres de la Judea.

Volvieron los dos apóstoles á Antioquia, llevando con ellos á Judas y Silas, encargados de la carta del concilio por los fieles. Habbiéndola estos leído, recibieron una grande alegría, y se afirmaron mas y mas en su adhesion á la doctrina de los apóstoles. Judas, despues de haber llenado completamente su encargo, regresó á Jerusalem para dar cuenta de él; pero Silas juzgó conveniente permanecer en Antioquia. S. Pablo y S. Bernabé hicieron lo mismo, y siguieron predicando el Evangelio, é instruyendo á los fieles en union con los otros ministros.

Se cree que S. Pedro no tardó mucho en presentarse allí, y permaneció algun tiempo. No manifestó diferencia entre los fieles circuncisos y los que no lo estaban, ni en su trato y conducta con ellos, sin poner dificultad alguna en vivir y comer con los gentiles. Pero temiendo ofender á muchos fieles de los circuncidados que habian venido de Jerusalem á Antioquia, si no observaba las prácticas legales; principió á retirarse de los gentiles, absteniéndose sobre todo de comer con ellos, y la mayor parte de los judios hacian lo mismo: hasta Bernabé se dejó llevar de la corriente. Temió entonces San Pablo que semejante conducta resuscitara cuestiones ya promovidas anteriormente, para obligar á los gentiles á la circuncision, y no se desuvo en reconvenir públicamente á San Pedro, á fin de evitar las funestas consecuencias que los judios intentasen sacar de su condescendencia. Díjole en presencia de todos: "Si tú, que eres judío, no tienes dificultad en vivir con frecuencia como los gentiles, ¿por qué quieres ahora adoptar diferente conducta, que parece obligaria á los gentiles á judaizar?" Recibió San Pedro con humildad esta observacion, y dejó de manifestar una contempORIZACION, que por debilidad suya y animosidad de los judios podia ser perjudicial (1). No debe olvidarse, ademas, que no se trata

(1) Algunos, siguiendo á San Agustín, han colocado este hecho antes del concilio de Jerusalem, y no deja de ser verosímil. Con todo, el órden que seguimos parece mas conforme con la relacion que hace San Pablo sobre aquel (*Galat. II*). En su lenguaje se conoce, que esta discusion fué entre los dos apóstoles, y no como otros suponen, con un discípulo llamado Cefas.

aquí de una diferencia en punto de doctrina ó de moral. San Pedro declaró, al bautizar á Cornelio, y mas recientemente en el concilio de Jerusalem, que los gentiles no estaban obligados á la observancia de las prácticas legales: era conveniente este permiso y sermeterse á ellas en algunos casos, como él mismo lo habia hecho para contemperizar con la debilidad de los judíos. La conducta de Pedro no implicaba un error ni aun una falta propiamente tal, pues se trataba de una accion en sí indiferente. No podia, pues, condenarse sino en razon de los inconvenientes que podian resultar de ella particularmente. Concíbese que San Pedro no hubiese previsto estos inconvenientes tan bien como San Pablo que asistió á las disputas de los judíos con los gentiles, y podia conocer mejor las disposiciones y necesidades de unos y otros. Esto es suficiente para explicar la diferente forma con que juzgaron sobre la condescendencia que era entonces oportuna, aunque fuesen sus resultados importantes y sujetos á circunstancias eventuales.

Cuando se restableció la paz en Antioquia, no tardó San Pedro, segun lo que aparece, en retirarse al Occidente, donde se cree que asistia de ordinario, aunque la historia nos ha dejado pocos pormenores acerca de su predicacion desde entonces hasta su muerte. El establecimiento de su silla en Roma y la tradicion que da veinticinco años de duracion á su pontificado en aquella ciudad, no nos deja duda de que fué á ella muchas veces y permaneció tambien largo tiempo. Pero es probable que saliese otras muchas para anunciar el Evangelio en diferentes pueblos, así como parece cierto que envió discípulos á Sicilia, á Africa, á las Galias y á otras lejanas provincias.

San Pablo por otro lado prepuso á San Bernabé, que le acompañase en la visita de las iglesias que habian fundado: este queria llevar consigo á Juan Marcos, que los habia dejado en Panfilia; pero San Pablo, menos indulgente, no juzgó conveniente permitirlo, y discordes en este punto, trataron de separarse para predicar en lugares opuestos. San Bernabé, acompañado de Marcos, se embarcó para la isla de Chipre. Hay fundamento para juzgar que no permanecieron en ella mucho tiempo, y se añade que predicó en la Liguria y fundó la Iglesia de Milan. Mas la tradicion en que esto estriba carece de autenticidad, y no parece llegó á conocimiento de San Ambrosio. Ciertó es que aun vivia San Bernabé cuando San Pablo escribia su primera epístola á los corintios, es decir, en el año 56, y el modo con que en ella se hace mención de San Bernabé, atestigua que predicó en muchos puntos, aunque no tengamos anales de sus viages apóstólicos. Créese que sufrió el martirio en Chipre, donde su cuerpo se descubrió milagrosamente cerca de la ciudad de Salamina, año de 488, reinando el emperador Zenon. En su pecho se halló colocado el Evangelio de San Matheo, que habia escrito de su propia mano.

En cuanto á San Pablo, acompañado de Silas, visitó las iglesias de Siria y Cilicia, fortaleciendo en todas partes á los fieles, y recomendándoles la exacta observancia de lo mandado por el concilio. Alargóse tambien á Derba y á Listra, en la Licaonia. En esta halló un discípulo llamado Timoteo, á quien todos los fieles de Listra é Iconio alababan y respetaban mucho. Era hijo de una judía llamada Eunice, que se habia convertido, y de padre gentil, que adoraba al Dios verdadero. Su abuela Loidá tambien era cristiana, y á él le instruyeron desde su niñez en la religion y sagradas Escrituras. Queriendo San Pablo llevarle en su compañía, no tuvo reparo en mandarle circuncidar por miramientos á los judíos del pais, que no se hubieran conformado en admitir las doctrinas de un incircunciso, y para acreditar tambien que no condenaba las prácticas de la ley, aunque no las mirase como necesarias. Atravesaron, pues, la Frigia y la Galacia, y como San Pablo se disponia ya á pasar á la Bitinia, el Espíritu Santo le hizo detener, porque le destinaba á otros puntos. Llegaron á Troade, ciudad situada junto á las ruinas de la antigua Troya, y allí, en una vision nocturna, se apareció un macedonio á San Pablo, rogándole que pasase á su patria.

Habiéndose embarcado en Troade (1) fueron directamente á Samotracia, al dia siguiente á Neapolis ó Naphusa, y desde allí á Filipos, colonia romana, en donde pasaron algunos dias. No tenian los judíos sinagoga en esta última, y se reunia en una especie de oratorio fuera de la ciudad. San Pablo se presentó en él al siguiente sábado para predicar el Evangelio, y convirtió entre otros á una vendedora de púrpura, llamada Lidia, que era natural de Tiatira en Asia, y que despues de haber recibido el bautismo con toda su familia, obligó á los apóstoles á que se alojasen en su casa. Otro dia que iban al oratorio, hallaron á una jóven poseida del demonio, y que haciéndose adivinadora, ganaba mucho dinero á sus dueños. Siguió á los apóstoles gritando: "Estos hombres son ministros del Dios supremo, y anuncian el camino de la salvacion." Esto repitió en otros dias que los seguia. Ultimamente, San Pablo, volviéndose á ella, dijo al demonio que la oprimia: "Te mando nombre de Jesucristo que salgas del cuerpo de esa muger;" y el demonio la abandonó en el acto. Viendo los amos de la jóven que perdian las ganancias que obtenian por medio de este tráfico, cogieron á San Pablo y á Silas y los presentaron á los jueces: acusáronlos de que perturbaban la tranquilidad de la ciudad, procurando introducir costumbres opuestas á las leyes romanas. Corria el pueblo en tro-

(1) Aquí es donde San Lucas principia á contarse entre los compañeros de San Pablo en los actos de los apóstoles, de que fué autor, y creese tambien por esta razon, que entonces solamente fué cuando empezó á seguirlos, pero como era originario de Antioquia, en Siria, hay apariencia que salió de aquella ciudad con San Pablo. Mas tarde veremos lo que resulta de su persona y escritos.

pel contra los apóstoles, y al momento los condenaron á ser, como lo fueron, apaleados y encerrados despues en la cárcel, con órden al encargado de ella que los guardase con gran cuidado. A la media noche se pusieron en oracion los dos presos, y se levantó un terremoto tan violento, que todo el edificio en que se hallaban se arruinó, quedaron abiertas las puertas, y las cadenas con que estaban atados, cayeron rotas á sus piés. Cuando despertó el carcelero, creyendo que los presos se le escapaban, sacó la espada y queria matarse; pero le dijo San Pablo: "no te hagas daño alguno, aquí estamos todos." Pidió aquel luzes, y en cuanto los vió se arrojó á los piés de San Pablo y de su compañero, rogando que le enseñasen lo que debia hacer para salvarse. Sacólos de la prision, lavó las heridas que tenian y les sirvió algun alimento. Los apóstoles le instruyeron y bautizaron en aquella misma noche y á toda su familia. Al dia siguiente se presentaron los lictores ó porteros con órden de ponerlos en libertad; pero San Pablo, que conocia la utilidad de intimidar á los magistrados, y manifestar que lo que se le concedia era una indemnizacion y no una gracia, á fin de lograr mas seguridad para los fieles, respondió á los ministros: "¿creen acaso esos señores que despues de haber azotado públicamente y puesto en la cárcel á ciudadanos romanos, sin formacion de causa, se queda coneluido con darles secretamente libertad? No, no sucederá eso: decid á los magistrados que vengan ellos mismos á sacarnos de la cárcel." Al oír *ciudadanos romanos*, los jueces quedaron asustados, porque las leyes prohibian la pena de azotes y todas las demas sin haberse probado legalmente el delito porque eran acusados. Vinieron, pues, á disculparse con los apóstoles, y suplicarles que se retirasen de la ciudad. Y estos, antes de evacuarla, visitaron á Lidia, consolaron y animaron á los fieles, y conservando estos á San Pablo un reconocimiento proporcionado al beneficio que los habia hecho, aprovecharon todas las ocasiones de manifestarse, porque muchas veces le enviaron socorros á Tesalónica, á Corinto y aun á Roma, cuando estuvo allí preso. Al salir de Filipo San Pablo y sus compañeros, pasaron á Tesalónica, capital de la Macedonia. En aquella sinagoga predicó San Pablo tres sábados, explicando las Escrituras, y demostrando que en ellas se habia anunciado claramente la muerte y resurreccion de Jesucristo. Sostenidas estas doctrinas con milagros, convirtieron á muchos judios y mucho mayor número de gentiles que adoraban al verdadero Dios. No queriendo serles gravoso, trabajaba dia y noche para adquirir las cosas necesarias, lo mismo que lo habia hecho en Corinto y otras ciudades. Irritados los judios con estas conversiones, sublevaron al populacho y vinieron tumultuariamente á la casa de un cristiano, llamado Jason, donde aquellos se alojaban: no los hallaron, cogieron á Jason y otros discipulos, y los arrastraron al tribunal, donde fueron acusados de amotinar los pueblos para que se rebelasen

contra el emperador, proclamando un rey á quien llamaban Jesus. Contestaron Jason y sus compañeros, que era una calumnia, y dieron caucion por los apóstoles, y los magistrados tuvieron que dejarlos marchar. Ni estas ni muchas mas violencias alteraron la fé de los cristianos de Tesalónica, y el ejemplo de sus virtudes contribuyó singularmente á los progresos del Evangelio en la Macedonia y en la Grecia.

Los fieles sin embargo, temiendo por San Pablo y Silas, los llevaron de noche fuera de la poblacion, y ellos se encaminaron á Berea, donde estaban los judios mas dispuestos para recibir el Evangelio, porque diariamente estudiaban las escrituras, para asegurarse que en ellas se habia predicho lo que anunciaba San Pablo respecto de Jesucristo, y reconocian la verdad de estas profecias: un gran número se convirtieron y recibieron el bautismo, así como muchos gentiles y mujeres griegas de gran calidad. Mas habiéndolo sabido los judios de Tesalónica, vinieron á Berea para alzar al pueblo contra San Pablo, de manera que los fieles se vieron precisados á disponer su evasion inmediatamente, y los que le acompañaban le condujeron á Atenas, donde los despidió para que avisasen á Silas y Timoteo que vinieran á reunirse á aquella ciudad lo mas pronto posible.

Interin los aguardaba San Pablo, examinó aquellos monumentos innumerables que la supersticion y el arte elevaron en honor de la idolatria: causóle mucha sensacion esta vista. Predicó el Evangelio en la Sinagoga, en las plazas, por todas partes donde encontraba á la multitud; porque aquel pueblo curioso y frivolo discurría siempre en busca de novedades ó discusiones para entretener su ociosidad. La muchedumbre de extrangeros que atraía á esta ciudad la celebridad de su escuela y la belleza de sus monumentos y obras maestras, aumentaba la afluencia en el auditorio, y contribuian á mantenerla fomentando aquella misma curiosidad. Los mismos filósofos venian á exponer sus sistemas y á disputar entre sí, seguros siempre de hallar reuniones prontas á escuchar lo que cualquier anunciase. Entonces dominaban en Grecia las dos sectas de epicuros y estoicos: unos hacian consistir la felicidad del hombre en los placeres de los sentidos; y los otros en la perfeccion moral: pero estaban acordes en no admitir la Providencia divina; y naturalmente ciegos, erraban en lo que concierne á la esencia de Dios y á su culto. Muchos disputaron con San Pablo, y admirados de los nuevos dogmas que les anunciaba, le llevaron al Areopago para que explanase allí su doctrina. Hallándose en aquel tribunal, que era considerado como el oráculo de Grecia, San Pablo, en un discurso sublime y sagacisimo, comenzó á predicar la unidad de Dios, tomando ocasion de un altar en que habia visto este letrero: "*Al Dios desconocido*:" así era como los paganos llamaban al Dios de los judios. "Atenienses, dijo San Pablo, por todo cuanto he vis-

to en esta ciudad, percibo que os distinguís por un celo, en cierto modo excesivo, en favor de toda clase de culto; porque reparando las numerosas estatuas de vuestros dioses, he hallado un altar en que está escrito: *Al Dios desconocido*. Pues ese que adoráis sin conocerle, es el mismo Dios que yo vengo á anunciaros; el solo Dios verdadero que crió el mundo y todo enanto en él se encuentra. Como dueño del cielo y de la tierra, no puede haber en los templos fabricados con la mano del hombre. Nuestros homenajes y sacrificios no son ofensas de que tenga necesidad, supuesto que al contrario, él nos da la vida y la subsistencia á todo lo que respira. El hizo nacer de un solo hombre todo el género humano; al primero le formó con sus propias manos; dióle para su habitacion toda la extension de la tierra, determinando el principio y duracion de las naciones y los límites de los imperios, para que los hombres supian que deben conocer su mano en todos los sucesos, y acudir á él en sus necesidades, no porque esté lejos de cada uno de nosotros, pues en él mismo tenemos nosotros nuestra existencia, el movimiento de la vida; y como dicen algunos de vuestros poetas: *somos tambien de su linage*. Siendo, pues, la obra y los hijos de Dios, no debemos creer que la divinidad tiene nada semejante á las figuras inanimadas que la industria del hombre fabrica de oro, plata ó mármol. Por tanto, no pudiendo Dios sufrir semejante ceguedad, ha dispuesto se anuncie á todos que es necesario que se arrojén á la penitencia, porque tiene señalado un dia en que ha de juzgar al mundo segun las reglas de su justicia; y por aquel que ha nombrado para esen su ministerio, y cuya autoridad se ha manifestado públicamente, haciéndolo resucitar de entre los muertos." Al oír esto de *resurreccion*, algunos se burlaron de San Pablo y de su doctrina; otros le argüian diciendo: "otra vez nos hablareis de esta materia;" pero muchos creyeron y se convirtieron, entre ellos Dionisio, juez del Areopago, que despues fué nombrado por San Pablo, obispo de Atenas, y sufrió el martirio (1) durante la persecucion de Domiciano. San Pablo estuvo muchos meses en Atenas, mas recordando continuamente á los cristianos de Tesalónica, expuestos sin cesar á los lazos de los judíos, les envió á Timoteo para que los consolase.

El apóstol marchó á Corinto, que era entonces la metrópoli de la Grecia, y una de las ciudades mas considerables del mundo por su poblacion y sus riquezas. Situada entre dos mares, se hallaba la mas propia para centralizar el mas frecuente comercio; y este concurso de extrangeros, trayendo el lujo y la abundancia, mantenía

(1) En la edad media se ha confundido á San Dionisio areopagita con San Dionisio, primer obispo de París. Esta opinion, victoriosamente combatida por muchos eruditos del siglo XVII, está hoy enteramente abandonada: tambien se le han atribuido diferentes obras que llevan su nombre; pero que no han sido conocidas en los cuatro primeros siglos, y no podian haber sido compuestas hasta el principio del V.

en ella la mas deplorable corrupcion, que entonces se veia santificada por la religion, porque toda la ciudad estaba dedicada á Venus, y tenia allí esta diosa un famoso templo, á que estaban agregadas mas de mil esclavas prostitutas, cuya manutencion era una especie de mérito. Estas vergonzosas victimas del desenfreno, se veian celebradas en los monumentos públicos, y se empleaban sus oraciones en las ocasiones mas importantes. Ya se podrá inferir por todo lo referido, los obstáculos que la doctrina evangélica hallaría en un pueblo tan groseramente desmoralizado. San Pablo permaneció en él diez y ocho meses, es decir, que hizo mas dilatada mansion que en otro alguno desde su salida de Antioquia. Se alojó en casa de un judío llamado Aquila, originario del Ponto, que habiéndose establecido en Roma, fué obligado á salir de allí con su mujer Priscila y todos los de su nacion por orden del emperador Claudio (1). Este judío se ocupaba en la fabricacion de tiendas para las tropas: San Pablo que habia aprendido este oficio, se juntó con él, y al mismo tiempo que trabajaba le instruía en las verdades de la religion, porque viviendo de su jornal socorría sus necesidades y conservaba la independencia de su ministerio. No por eso dejaba de acudir todos los sábados á predicar en la sinagoga, anunciando á Jesucristo, tanto á los judíos, como á los gentiles. No tardó su predicacion en suscitar una violenta oposicion como en otras partes fomentada por los judíos; y como solian contradecirle usando de blasfemia, les dijo: "A vosotros se ha de atribuir vuestra perdicion: inocente soy en ella, y en adelante me dirigirá á los gentiles." Dejó en efecto la casa de Aquila y fué á vivir á casa de un gentil, temeroso de Dios, llamado Tito Justo, casa muy inmediata á la sinagoga. Despues tuvo una vision en que el Señor le dijo: "No tengas miedo de hablar; que yo estoy contigo, y he escogido á muchos en esta ciudad." Con efecto, los milagros que acompañaban la mision de San Pablo (2 *Corint. cap. XII*), obraron muy pronto gran número de conversiones entre los gentiles. El primero que abrazó la fé, fué Stefanos con su familia: se consagró al servicio de los fieles: fué bautizado de mano del apóstol, y su casa sirvió para la celebracion de los santos misterios. Asimismo bautizó á Crispy, gefe de la sinagoga, y á su familia. A los demas dispuso que los bautizaran sus discípulos para dedicarse enteramente al ministerio del púlpito. Incansables los judíos en su persecucion, no cesaban de combatir su doctrina, y apoderándose de su persona, le

(1) Suetonio dice que la causa de esta expulsion de los judíos fué las cononmaciones que continuamente ocasionaban con pretexto de Cristo (Lib. V cap. XXV). Esto da á entender que el cristianismo estaba por entonces establecido en Roma, y que San Pedro por consecuencia habia predicado allí antes del concilio de Jerusalem, como anteriormente lo dejamos dicho. Creem otros que aquella orden de Claudia tuvo lugar el año IX de su reinado, que es el 49 de Jesucristo.

llevaron al juzgado del procónsul de Acaya, y le acusaron de que quebrantaba su ley. Este procónsul, que vivía en Corinto, era Gallion, hermano de Séneca el filósofo. No esp^{er}ó que San Pablo hablase palabra en su defensa; y mandó á los judíos que se retirasen, declarándoles que no quería mezclarse en sus contestaciones. Al momento se echaron los asistentes sobre Sostenes, jefe de la sinagoga, y le golpearon en presencia del procónsul que no manifestó el menor disgusto. Ignórase si los golpeadores eran criados del procónsul, ó los mismos judíos, que habrían notado en él inclinación al cristianismo. Este último pensamiento debía preferirse, si creemos con la mayor parte de los intérpretes, que es el mismo Sostenes que escribió con San Pablo la primera epístola á los corintios.

Durante esta permanencia de San Pablo en Corinto dirigió á los de Tesalónica sus dos epístolas: habia sabido sus penas y la firmeza de su fé por los discípulos Silas y Timoteo, que vinieron á reunirse con él, según lo habia dispuesto. Escribióles la primera para consolarles y manifestarles su alegría, exhortándolos á perseverar en la fé, adelantar mucho en la caridad, y conservar la confianza en Dios, sin entregarse á la tristeza por la muerte, porque despues está la resurreccion. Alabólos mucho porque enviaban limosnas á sus hermanos de Macedonia, y les recomendó eficazmente el que amasen y honrasen á los obispos y pastores que les habia dejado. Sabiendo que procuraban inquietarlos con vanos temores anunciando el fin del mundo, les escribió la segunda para tranquilizarlos, recordándoles lo que les habia enseñado acerca de las señales que debian preceder al juicio final; y con este motivo los conjura á que permanezcan firmes en la doctrina que aprendieron, ya en los sermones y ya en las cartas que les ha dirigido; manifestando de este modo que la fé debe abrazar no solamente lo que está escrito, sino lo que los apóstoles enseñaron de viva voz para que llegase hasta nosotros por la tradicion; y concluió con una salutación escrita de su mano, señal que daba para distinguir sus verdaderas cartas de las que podian falsamente atribuirle. Según el orden de las datas estas son las dos primeras de todas las que escribió. Las dos llevan el nombre de San Pablo, los de Timoteo y Silas, que es lo mismo que Silvano, de quien no vuelve á hacerse mención en la Escritura. Creese que murió en Macedonia algunos años despues, habiendo predicado el Evangelio en diferentes parages.

Por este mismo tiempo, y durante la permanencia de San Pablo en Acaya, publicó San Lucas su Evangelio para desmentir las historias sospechosas y fabulosas que los falsos cristianos principiaban á extender. Le escribió según lo que aprendió de los discípulos de Jesucristo, y particularmente de los apóstoles, de quienes recogia exactamente el testimonio.

Despues de establecida y sólidamente constituida la iglesia de Corinto, San Pablo salió de esta ciudad al principio del año 54 pa-



S^º LÚCAS, ESCRITOR DE LOS HECHOS APOSTÓLICOS

ra ir á la Siria y Palestina, y visitar luego las iglesias que habia fundado en el Asia menor. Embarcóse en el puerto de Cencris con Aquila y Priscila, despues de haberse cortado el pelo, para cumplir un voto que tenia pendiente, y conformarse con la ley que obligaba á los nazarenos (*Nam. cap. VI*). Llegaron á Efeso donde quedaron los dos últimos, y San Pablo, despues de predicar algunas veces en la sinagoga, no quiso detenerse mas tiempo, aunque los judios se lo rogasen. Solamente les prometió que volveria, y se embarcó para ir á Cesarea, de allí á Jerusalem y despues á Antioquia. Permaneció en ella algun tiempo, y recorrió la Frigia, Galacia y otras provincias apartadas del mar; iba de pueblo en pueblo confortando á los fieles, recibiendo abundantes consuelos y especialmente de parte de los gálatas, que le acogieron, segun refiere, como á un ángel de Dios y como al mismo Jesucristo (*Galat. cap. IV*). Despues volvió á Efeso, donde permaneció tres años.

Algun tiempo antes un judio, llamado Apolo, hombre elocuente y práctico en las escrituras, habia llegado á esta ciudad y predicado á Jesucristo en la sinagoga. Era originario de Alejandria, y no conocia otro bautismo que el de San Juan; pero habia sabido algo de la doctrina evangélica y la enseñaba con mucho celo y fervor. Habiéndole oido Aquila y Priscila se le llevaron á su casa para instruirle mas extensamente; luego quiso pasar á Acaya, y escribieron recomendándole á los fieles de Corinto. Allí fue muy útil para el progreso del Evangelio, aplicándose á convencer á los judios con el testimonio de las santas escrituras. Ya habia llegado á Corinto, cuando San Pablo vino á esta ciudad desde Efeso y halló muchos discípulos, á quienes preguntó si habian recibido el Espíritu Santo, despues que abrazaron la fe: ellos contestaron que ni siquiera sabian que hubiese tal Espíritu Santo: lo que hizo conocer al apóstol que no habian recibido el bautismo instituido por Jesucristo, y replicaron que con efecto no habian recibido otro que el de San Juan. Mandó que los bautizaran de nuevo, y les impuso las manos para confirmarlos. Al momento descendió sobre ellos el Espíritu Santo, hablaron diferentes idiomas, y recibieron el don de profecía. Por este relato se deduce que siempre se ha conferido el bautismo á nombre de las tres personas divinas; como tambien se halla en este caso el nuevo ejemplo de la confirmacion y de los bienes visibles que generalmente acompañan á este segundo sacramento. No dejó en tres meses San Pablo de acudir á la predicacion del Evangelio en la sinagoga; pero pasados, se vió obligado á separarse de sus discípulos á consecuencia de la incredulidad de los judios y sus continuas blasfemias, y desde entonces principió á predicar todos los dias en la escuela de uno que se llamaba Tiran. Así continuó dos años, y de esta manera todos los que vivian en Asia, tanto judios como gentiles, llegaron á conocer la doctrina evangélica. No contento con estas instrucciones que daba en público, enseñaba tam-



bien en las casas particulares, sin permitirse descanso alguno y trabajando con sus manos para proveerse de lo mas necesario. Mucho tuvo que sufrir por las persecuciones que los judios le suscitaban sin cesar, de manera que ya la vida le era insoportable (2. *Corint. c. 1*), y aun parece que le echaron á las fieras para que le destrozasen si se toma literalmente lo que dice en su primera carta á los corintios (*Cap. XVI*). Mas Dios que se dignó de librarle de sus enemigos, quiso tambien glorificar su ministerio, disponiendo que obrase los mayores milagros; de suerte que los vestidos y la ropa interior que habian tocado su cuerpo eran suficientes para curar las dolencias y arrojar los demonios de los obsesos. Estos prodigios extraordinarios dieron lugar tambien á un suceso que contribuyó poderosamente á la propagacion del Evangelio. Habia de muy antiguo entre los judios ciertos exorcistas, que vagaban por los pueblos, haciendo alarde de que echaban á los espiritus infernales por medio de algunas palabras que suponian venir de Salomon, propias para el prodigio. Entre ellos se ostentaban siete hermanos, hijos de un principe de los sacerdotes llamado Sceva. Hallábanse castamente en Efeso, y viendo los milagros que San Pablo obraba á nombre de Jesucristo, quisieron hacer lo mismo en un endemoniado; pero el demonio les dijo: "Yo corozco á Jesus y sé quién es Pablo; pero en cuanto á vosotros ¿cuál es vuestro poder?" y de repente arrojándose á dos de ellos, los maltrató tan cruelmente que se dieron por dichosos de escapar llenos de heridas y desgarrados enteramente sus vestidos. Supo este incidente toda la ciudad, é imprimió en los ánimos el temor y respeto que merece el nombre de Jesucristo. Muchos fieles venian á confesar los pecados que habian cometido (1). Hubo tambien muchos paganos, que habiendo estudiado curiosidades condenadas, como la astrologia y la magia, muy comunes en Efeso, presentaron los libros que les sirvieran de texto, y los quemaron públicamente. Se calcula que el valor de los libros llegaría á cincuenta mil dragmas. Asi se afirmaba en Efeso el cristianismo y recibia incrementos cada dia. Lo mismo sucedió en toda la provincia del Asia, de que era capital aquella ciudad.

Pasados los dos años de su permanencia en ella, San Pablo que tenia precision de visitar las iglesias de la Macedonia y la Acaya, envió delante á los dos ministros, que le asistian en sus funciones,

(1) Aquí vemos un ejemplo incontestable de la confesion despues del bautismo segun la observacion comunmente hecha por los historiadores y los intérpretes. Bernult, Bercastel refiere este pasaje de los actos de los apóstoles á los paganos, que segun él se confesaban antes de recibir el bautismo; pero esta interpretacion contradice evidentemente el sentido de la Escritura, en que la palabra griega de que ella se vale, no puede significar los que entonces abrazaban la fe, sino los que ya la habian abrazado, como lo observa Tillermont.

Timoteo y Erasto, para confortar á los fieles, entre tanto que llegaba el apóstol, y probablemente tambien para emplear las limosnas que se recogian en favor de los cristianos de la Judea. Proponiase, despues de pasar á Macedonia, quedarse alguna temporada en Corinto, volver á Jerusalem, y últimamente ir á Roma, como deseaba muchos años hacia; pero determinó continuar algunos meses mas en Efeso, porque veia allí los ánimos perfectamente dispuestos para recibir el Evangelio. A pesar de esto su predicacion y sus mismos triunfos dieron ocasion antes de mucho á una conmocion violenta excitada contra los cristianos.

Era la ciudad de Efeso famosa por su templo de Diana, que pasaba por una de las maravillas del mundo. Toda el Asia habia contribuido á su construccion, y la belleza de la obra, ejecutada por los mas hábiles oficiales, aumentaba mas el valor de los materiales que en ella se habian empleado. Habia en su interior una estatua de Diana muy pequeña y de madera; pero tenida en mucha veneracion porque decian que habia bajado del cielo. Los forasteros concurrían á millares para visitar este templo tanto por curiosidad, como por devocion, y se concibió la idea de hacer modelos de él en plata, de que se vendia un número considerable. Un platero llamado Demetrio hacia muchos templetos de estos, y su construccion ocupaba muchos trabajadores. Un dia los reunió á todos y á otros del mismo oficio, y les hizo presente que San Pablo retiraba del culto de los idolos á muchas gentes, no solo en Efeso, sino en toda el Asia, y por tanto peligraba el culto de Diana, que en adelante podría abandonarse y ser despreciado; y ellos tambien perderian las ganancias que aquel trabajo producía para mantener sus familias. Este discurso los llenó de cólera, y mezclándose el interés con la supersticion, gritaban aminorados: "Grande Diana de Efeso." Alborotóse toda la ciudad, corrieron al teatro, donde se reunia el pueblo en sus asambleas, y llevaron allá á Gayo y Aristarco; macedonios y compañeros de San Pablo. Quiso presentarse él mismo; pero sus discipulos lo estorbaron y mas algunos naturales que eran amigos suyos, y le rogaron encarecidamente que no se presentase. Estos últimos eran ciudadanos escogidos entre los principales de la provincia para presidir en las ceremonias de la religion, y disponer la celebracion de las fiestas á su costa. La multitud continuaba gritando en desorden y confusion, y amenazaba lo mismo á los judios que á los cristianos, aunque la mayor parte no sabian de qué se trataba. Un judio, por nombre Alejandro, atravesando por medio del concurso, procuró llamar la atencion para disculpar á los de su nacion. Pero en cuanto le reconoció el pueblo, de nuevo y con mas furor se puso á vocear: "Grande Diana de Efeso!" y en este tumulto gastaron mas de dos horas. En fin el secretario de la ciudad, habiendo logrado que callasen, representó al pueblo que nadie amenazaba al culto de la diosa: que Gayo y Aristarco no ha-

bian violado el templo de Diana; y que si Demetrio ú otros tenían algunas quejas que dar, debían hacerlo en el tribunal del procónsul, y no exponerse al castigo que merecían por perturbar el orden público, y excitar al pueblo á estos clamores y movimientos tumultuarios. Con solo esto se calmaron los espíritus y se deshizo la reunión, sin que continuase la sedición, ni tuviese consecuencia. Cuando todo estuvo tranquilo, remitió San Pablo á los fieles, y después de haberlos exhortado á perseverar en la fé, se despidió de ellos para Macedonia.

En los últimos tiempos de su morada en Efeso, y después de la salida de Timoteo, es cuando San Pablo escribió su primera carta á los corintios (1). Había sabido por Apolo, que le vino á buscar á Efeso, y por una carta que enviaron los cristianos de la casa de Chloe, que había disensiones entre los fieles, y que á ejemplo de los filósofos paganos, divididos en muchas sectas, los unos se alababan de ser discípulos de Pablo, otros de Apolo, otros de Pedro, y finalmente otros del mismo Jesucristo; que se cometían abusos en las reuniones y comidas que se hacían después de la celebración de los misterios: que muchos se enervaban porque habían recibido dones sobrenaturales; que algunos negaban la resurrección de los cuerpos; y no faltaban injurias y procesos; y hasta de un incesto se había hecho culpable un cristiano; cosa nunca oída entre los paganos. La iglesia de Corinto, informando al apóstol de estos desórdenes, le consultaba sobre muchos puntos de la moral y particularmente sobre la continencia, el matrimonio y el uso de las carnes sacrificadas á los ídolos. San Pablo en su epístola, principia reprendiéndoles con motivo de sus disensiones, y manifestándoles que aun permanecen groseros y carnales; pues en lugar de adherirse únicamente á Jesucristo, autor de su fé y principio de toda gracia, hacen alarde de los ministros que los han instruido, como si estos tuviesen don alguno que no viniese de Dios, ni fuesen otra cosa que dispensadores de sus misterios. Después les echa en cara el haber permitido tanto tiempo un escándalo enorme, sin pedir que se apartase de ellos á los culpables, y declara que entrega á Satanás al incestuoso para que salve su alma, mortificando su cuerpo; es decir, que le separase temporalmente de la sociedad de los fieles, para que se entregase á la penitencia, dando así un ejemplo del po-

(1) Beault Bercastel, fijando en la misma época la remisión de la primera carta, cuya data se demuestra realmente por todas las circunstancias que refiere, dice sin embargo que San Pablo había dejado á los corintios hacia catorce años directores educados por él; lo que supone que habría ya establecido esta iglesia antes del primer concilio de Jerusalem. Mas no solamente este autor no hace mención de ningún vicio á que pueda referirse establecimiento tan antiguo y poco verosímil, sino que á mas ha distribuido en su historia los hechos de tal manera, que los lectores deben juzgarle absolutamente imposible. Esta inexactitud se conserva como todas las demas en la edición de M. Henrion.

der que pertenece á la Iglesia para usar de la excomunión, y añadiendo por medio de un milagro una corporal aflicción á este castigo para hacerle mas eficaz. Condena sus pleitos ante los tribunales, porque sirven solo para escandalizar á los paganos, testigos de idolatría, por la precision de los juramentos que se exigen. Les recomienda que arreglen sus asuntos por árbitros nombrados y escogidos entre los suyos. De aqui procedió que en los primeros siglos del cristianismo nunca los fieles pleiteaban ante jueces infieles: se contentaban con someter sus querellas al arbitraje de los obispos, siguieron este método hasta mucho después de cesar las persecuciones, y aun se erigió en derecho por la legislación de los emperadores cristianos. San Pablo da reglas sobre la continencia y el matrimonio, y consejos que justifican cuánta potestad ostentaba la evangélica predicación; pues con ella sola era posible establecer tan grande perfeccion en una ciudad corrompísimas. Censura con severidad los abusos que se habían introducido en las comidas de caridad, cuya institucion tuvo por objeto hacer á los pobres participantes de la abundancia de los ricos, en lugar de que ellos acostumbraban á comer lo que cada uno traía dispuesto, sin cuidar de la necesidad de los demas. Luego trata de la institucion de la Eucaristia, y se remonta con valor contra la profanacion de este misterio, declarando que aquel que se acerque á la sagrada mesa indignamente, se hace reo del cuerpo y de la sangre de Jesucristo. Sigue con otros reglamentos que deben observarse en las asambleas, sobre el uso de los dones sobrenaturales, tan comunes entonces entre los fieles, y afirma que son perfectamente inútiles sin que acompañe la caridad, cuyos caracteres explana. Reclamando limosnas para los pobres de la Judea, da á los corintios las mismas reglas que había dado á las iglesias de Galacia, excitándolos á que separen cada domingo lo que quisieran dedicar á esta buena obra. Les encarga que honren mucho á Timoteo, como ministro del Evangelio, cuando se les presente. Salúdalos de parte de Aquila y Priscila, con quienes vivía, y les noticia como ha estrechado á Apolo para que vuelva á Corinto, aunque no había tenido á bien efectuarlo hasta entonces, acaso por no dar nuevos pretextos á las divisiones que le obligaron á dejar aquella ciudad. Esta epístola de San Pablo la llevaron Stefanos, Fortunato y Acaico, que probablemente le llevarian la de los corintios.

Tambien se cree que en este intermedio de su residencia en Efeso escribió su epístola á los galatas. Muchas veces les había predicado el Evangelio, que recibieron con entusiasmo, y su celo por la doctrina de Jesucristo no se debilitó, ni aun en medio de las persecuciones. Algunos malos cristianos, partidarios del judaismo, les persuadieron por fin que era menester someterse al yugo de la circuncision, alegando para ello el ejemplo de los apóstoles, y pro-

curando rebajar el mérito y la autoridad de San Pablo. Se vió, pues, el apóstol precisado á escribirles una epístola vehementemente, que empieza declarando que él es un apóstol, no por la vocación de los hombres, sino por la de Jesucristo; y que su doctrina es perfectamente conforme á la de los demás apóstoles. Recuérdales los milagros ocurridos entre ellos mismos, y explica muchas pruebas sacadas de la Escritura, para que conociesen que la ley antigua no obligaba ya á los fieles. Indúcelos á que crean que estos falsos predicadores, obligándolos á la circuncision, no llevan otro fin que el de agradar á los judíos y libertarse de las persecuciones, empleando un zelo interesado. Por último, despues de trazar en compendio las reglas que debían seguir para conformarse con el espíritu del Evangelio, concluye, para realizar su ministerio y engrandecerle, declarando que lleva impresas en su cuerpo las señales de Jesucristo.

San Pablo salió de Efeso en el año 57, y probablemente hácia la pascua de Pentecostes (1); marchó á Troade, donde predicó el Evangelio y halló muy dispuestos á sus habitantes: no permaneció allí mucho, porque estaba inquieto, no hallando á su discípulo Tito, de quien aguardaba saber el resultado de su mision á Corinto, á donde le habia enviado, sea con Stefanos para llevar su primera epístola, ó con mas probabilidad, algun tiempo despues con otro (2, *Corint. xii.*) para saber el efecto que aquella hubiera producido. Embarcose para pasar el Helesponto, y tardó seis meses en recorrer la Macedonia, visitando por todas partes las iglesias y predicando en diferentes pueblos, sin desmayar por las persecuciones que tuvo que sufrir. Hay apariencia de que entonces llegó á los confines de la Iliria.

Sin embargo, Tito se le reunió prontamente, y consoló su alma con las noticias que traía de Corinto, refiriéndole cómo los fieles habian recibido con la mayor ternura su primera carta, y lo que habian hecho para contentarle. Se apartaron del incestuoso, hasta no permitir que comiese á su mesa; y él, corregido por esta saludable leccion, dió señales de verdadero arrepentimiento. Habian accedido á Tito con una sumision y respeto que llegaba hasta rayar en temor, justificando así las esperanzas que San Pablo habia concebido de sus buenas disposiciones. No les permitió este discípulo

(1) Berani-Berastel dice que San Pablo cuando iba á salir de Efeso puso por obispo á su discípulo Timoteo; pero hemos visto que este habia salido antes para Macedonia; y aun suponiendo que fuese á buscarle, como algunos afirman, lo cierto es que acompañó al apóstol en este viaje, porque le nombra en su epístola segunda á los corintios, y en el final de la epístola á los romanos: por lo que se conviene generalmente en que fué nombrado obispo de Efeso con mucha posterioridad. Despues de esta nota y las que preceden, no nos detendremos en señalar todas las inexactitudes de este historiador, cuya obra, mas imperfecta aun por la forma que por su fondo, es muy fatigosa por su estilo forzado y por la prolijidad de una fraseología vacia y no exenta de presuncion.

fiel que proveyesen á sus necesidades, porque no quiso ni aceptar nada, ni serles gravoso, para imitar el ejemplo del apóstol. Supo tambien este por el mismo conducto que desde el año anterior los corintios tenían dispuestas limosnas para los fieles de la Judea; y el apóstol aprovechó este ejemplo para animar á los de Macedonia, que se hallaban ya en camino; y en efecto contribuyeron abundantemente en proporcion, y aun mas allá de sus posibles. Instruido San Pablo del buen resultado de su primera carta á los corintios, escribió la segunda para afirmarlos, consolarlos y destruir radicalmente los últimos pretextos de division y de abusos. Esta fue dirigida en su nombre y en el de Timoteo á la iglesia de Corinto y á los fieles de toda la Acaja. Ya les tenia anunciado que los iria á visitar antes de pasar á Macedonia, para volver despues á esta ciudad y desde ella á Corinto, dirigiéndose luego á la Judea; pero habia mudado de parecer, y les cuenta que no ha sido por indiferencia, y si por justas razones: que esperaba que los abusos se hubieran corregido, para no tener el dolor de presenciarios y verse reducido á redoblar su afliccion, tratando con severidad á los culpables. Les encarga que sean indulgentes con el incestuoso, como él lo hará tambien con ellos; y para que no se entregue á la desesperacion. Pero obligado á justificarse y defender su sagrado ministerio y su doctrina contra los cristianos afectos á las prácticas de los judíos, que empleaban todos los medios para engrandecerse á sí mismos y desacreditar al apóstol de las gentes, enseña que la nueva ley es superior á la antigua, y trata de realizar la gloria de los apóstoles de Jesucristo con la consideracion de sus sufrimientos, de sus milagros y de los efectos que producen en los corazones y en lo exterior del hombre por la virtud y el poder que se les ha confiado. Y viniendo á lo que en particular le concierne, recuerda en seguida todo lo que ha sufrido por Jesucristo, tantas veces como le han tenido preso, apaleado, apedreado y expuesto á la muerte, ademas de los naufragios, privaciones, fatigas, contradicciones, y un continuo afán y solicitud por el bien de los fieles. Insiste igualmente en las revelaciones con que Dios le ha favorecido; pero se disculpa de la necesidad que le impele á tener que exponer sus méritos; y se echa de ver su modestia con mas reales y expresion que los elogios, por el cuidado que tiene de oponer frecuentemente la humana debilidad que en sí reconoce, á los efectos del presencioso de la humana debilidad que en sí reconoce, á los efectos del poder divino que se manifiesta en él para la gloria de Jesucristo y el provecho de los fieles. Vuélve á recordaries los pobres de Judea y concluye exhortando á los culpables para que hagan penitencia por las impurezas ú otros pecados que hayan cometido, á fin de que no tenga que usar contra ellos del poder que recibió de nuestro señor Jesucristo: "porque, dice, yo me dispongo para irlos á ver por tercera vez (1) y no perdo-

(1) Por este pasaje vemos que San Pablo habia hecho ya dos viajes á

naré á los que hayan pecado." Tito llevó esta carta y con él envió San Pablo á otros dos discípulos, uno de los que se hizo célebre por el Evangelio en todas las iglesias, y por eso fue asociado á San Pablo para recoger las limosnas de los fieles. Unos han creído que era San Bernabé, otros San Silas, y la mayor parte San Lucas. Pero es muy escabrosa la determinación en semejante materia.

Recorrió San Pablo la Macedonia, y llegó á Corinto, así como lo había prometido. Pasó tres meses en ella, y escribió su epístola á los romanos. Gran número de ellos habían abrazado la religión del crucificado, y su fé era celebrada en todas las iglesias. Pero también había rivalidades entre judíos y gentiles, y San Pablo lo sabía por Aquila que había vuelto á Roma con otros discípulos. Los judíos ponían su gloria y su confianza en las ceremonias de la ley, y querían obligar á los gentiles á someterse á ellas. Se llenaban de orgullo porque fueron la nación escogida por Dios para depositaria de sus promesas, y por medio de la cual había venido al mundo el Redentor. Muchos creían que por su propio mérito y sus buenas obras eran dignos de la luz del Evangelio; y no reconocían otro camino para llegar á la justicia y la santidad que la práctica exterior de la ley, sin hacer cuenta de las virtudes interiores, ni de la gracia y merecimientos de Jesucristo. Al contrario los gentiles se envanecían con proesar la filosofía y saber humano, que les hicieron conocer la mayor parte de la moral sin el recurso de la revelación y de la ley; y despreciando á los judíos, que despues de recibidos tantos beneficios rechazaron al Mesias, honrábanse con su fé, y la miraban como una recompensa propia de su mérito. San Pablo en su calidad de apóstol de las gentes, quiso ejercitar su celo en defensa de esta iglesia, la primera del mundo; y aun antes de pasar á ella, como ya lo tenía proyectado, creyó que debía dirigirles por escrito instrucciones sobre las importantes cuestiones que dividían á los fieles. Principió humillando á los dos partidos por igual, tanto á los judíos como á los gentiles, manifestando á todos que las ventajas de que se envanecían, no servían de otra cosa que de constituirlos mas culpables. Recuerda á los gentiles la timidez de sus filósofos, que habían retenido cautiva la verdad, pues que habiendo conocido á Dios por sus obras, no le habían honrado y servido, según les dictase su conciencia; de modo que en castigo de su orgullo Dios los había abandonado al desarrreglo de su corazón, y entregados al desvario de sus pensamientos se habían sumido en la ido-

Corinto; pero es difícil determinar cuando fue el segundo, á menos que en su primera estancia no saliese por algun tiempo de aquella ciudad y volviese á ella, despues de haber predicado en otros puntos de la Acaya. Tillemont juzga que había estado en ella despues de ir á Efeso. Sea como quiera, no puede jamás decirse que fuese allí antes del viaje que dejamos referido, acompañando á San Lucas, porque no se advierte que hubiese ya fieles por entonces, como se nota respecto de los demás sitios, adonde llegó su predicación.

latria y aun en toda la corrupcion de los vicios mas infames y en la mas monstruosa prostitucion. Recuerda á los judíos el abuso que habían hecho de las gracias y luces que Dios les había concedido: les reprende porque violan la ley de que hacen tanto alarde, y cometen los mismos crímenes que condenan en los paganos. De todo concluye que estando envueltos igualmente en el pecado los judíos y los gentiles, todos sin distincion alguna tenían necesidad de la gracia de Dios para ser gratuitamente justificados por medio de su fé en Jesucristo. Porque la fé es el principio de la justificación, y Dios la concede sin tener en consideracion las obras precedentes: de otra manera sería una recompensa y no una gracia. Los judíos no tienen motivo para engrandecerse por la práctica de su ley, que en sí misma es impotente para producir la justificación, y no tiene mas valor que el que le da la fé: así como los gentiles, lejos de tomar el empeño de despreciar á los judíos, debían contenerse considerando lo que había sucedido á aquella nacion, y temiendo sufrir el mismo castigo, así como les habían sustituido en el llamamiento. Por último, el apóstol alaba aquí las disposiciones de la Providencia respecto á los primeros, declarando que á la conclusion de los tiempos todos se convertirán, es decir, cuando todos los predestinados de las naciones hayan entrado en la Iglesia. Da despues á los fieles muchas reglas sobre diferentes puntos de moral, é insiste particularmente sobre la caridad, como que encierra el compendio de toda la ley. Les da cuenta de la distribución de las limosnas recogidas en Macedonia y en la Acaya á favor de los pobres de Jerusalem: dice que se propone pasar á Roma y de allí á España, y pide que con sus oraciones le auxilien, para que pueda libertarse de los enemigos que se le han suscitado en la Judea. Recomendales á Febe, diaconisa de la iglesia de Cencria, cerca de Corinto, que caminaba á Roma y probablemente estaría encargada de llevar aquella epístola. Encarga que le den asistencia en toda ocasion, como ella misma lo había ejecutado con otras personas de su religion y con San Pablo en particular. Saluda á varios cristianos, entre los que se contaban Priscila y Aquila, cuya casa servía para las reuniones de la iglesia, y que habían expuesto su vida por preservar la suya á Epinetas, el primero que había abrazado la fé en el Asia; á Andrónico y Junia, á quienes llama parientes suyos, y que por él habían estado presos en su compañía; á Herodion, pariente también suyo, y sobre todo al célebre Hermas á quien los antiguos han atribuido el libro del Pastor. Saluda también sin nombrarlos á los cristianos de la casa de Narciso, y se cree que este era el famoso liberto que tanto dió que decir en tiempo y con el favor de Claudio. Unense á las memorias del apóstol las de Timoteo, compañero de sus peregrinaciones, las de Lucio, Jason y Sosiprato, que considera como parientes: las de Cayo su huesped, que franqueaba su casa para las reuniones de los fieles; las de Eras-

to, tesoro de la ciudad, y de Tercio que escribía aquella carta en clase de secretario. Se advierte por el modo con que habla San Pablo de Timoteo en particular, que no se puede referir á otro que al discípulo tan conocido que siempre le habia acompañado. En cuanto á Lúcio, se presume que es el mismo San Lucas, á cuyo nombre daría el apóstol una terminación latina.

San Pablo, despues de haber estado tres meses en Grecia, partió por la primavera del año 58. Quiso por el pronto embarcarse en Corinto para volver directamente á Siria; pero habiendo sabido que los judíos tendian lazos para perderle, se decidió á rodear tomando el camino de Macedonia. Llevaba por compañeros de viage á Sopatro ó Sospatro, de Berea; Aristarco y Segundo, de Tesalónica, á Cayo, de Berba, á Timoteo, su fiel discípulo, últimamente á Tíquico y Trofimo, ambos del Asia proconsular. Mandó que le precedieran dirigiéndose á Troade. El apóstol, despues de haber celebrado la Pascua en Filipos, se embarcó con San Lucas, y en cinco dias llegaron á aquella provincia donde permanecieron una semana. El domingo, reunidos los fieles para la celebracion de la Eucaristia, San Pablo, que debia salir al siguiente, pronunció una oracion, que duró hasta media noche. Hallábanse en una sala situada en el piso tercero, en la que habia muchas lámparas encendidas, y tenian abiertas las ventanas á causa del calor. Un jóven llamado Eutiquio, sentado en una de ellas, se durmió profundamente, y cayó al suelo desde aquella altura, de modo que no despertó, le recogieron muerto. Pero bajando Pablo inmediatamente le resucitó, y habiendo celebrado despues los santos misterios, comió y continuó predicándoles hasta llegar el dia. Saliendo de esta poblacion quiso ir por tierra á Asson, que dista de ella cerca de diez leguas, y á donde habian pasado por mar San Lucas y los demas asistentes: embarcáronse todos juntos para ir á Mitilene, en la isla de Lesbos: llegaron al otro dia á la de Quio, al otro á la de Samos y el cuarto á Mileto en el continente. No quiso San Pablo ir á Efeso, para que no le detuviesen demasiado, porque deseaba llegar á Jerusalem para la pascua de Pentecostes. Estando en Mileto, envió á llamar á los obispos y sacerdotes de Efeso y ciudades inmediatas (*Iren. lib. III. cap. XIV*) para darles ciertas instrucciones. Les hizo presente cuanto habia trabajado y sufrido por las iglesias de Asia, y exhortóles encarecidamente á que velasen por sí mismos sobre los pueblos confiados á su cuidado por el Espíritu Santo. "Sabeis, les dijo, cómo yo me he conducido durante todo el tiempo que asistí entre vosotros, desde el primer dia que llegué, sirviendo al Señor con toda humildad, en medio de las aflicciones y peligros que me ha ocasionado la conspiracion de los judíos contra mí. Nada os he ocultado de cuanto pudiera seros útil, ni temido manifestarlo todo constantemente, é instruíros en público y en secreto, predicando á los judíos y á los gentiles la penitencia para satisfacer á Dios, y

la fé en nuestro señor Jesucristo. Ahora, instado por el divino Espíritu, voy á Jerusalem sin saber lo que allí me puede suceder, sino que en todas las ciudades el Espíritu Santo me advierte que me están preparadas cadenas y aflicciones. Pero nada de esto me acobarda: estoy pronto á exponer mi vida con tal que obtenga el objeto, y cumpla el ministerio que me confió Jesucristo, de anunciar el Evangelio y la gracia de Dios. Creo que no me volveréis á ver vosotros entre quienes he vivido, predicando el reino de Dios: por eso dejo declarado que no puede achacármese la pérdida de ninguno de vosotros, porque jamas he vacilado en declararos expresamente toda la voluntad de Dios. Velad pues sobre vosotros mismos y sobre vuestro ganado, que el Espíritu Santo os encargó estableciéndoos obispos para gobernar la Iglesia de Jesucristo, adquirida al precio de su sangre. Porque me consta que en mi ausencia se introducirán entre vosotros lobos dañinos que intentarán robaros vuestra grey; y que de entre vosotros mismos saldrán falsos doctores que propalarán máximas corrompidas para hacerse prosélitos. Velad cuidadosamente, acordándoos que por espacio de tres años no he dejado ni de dia ni de noche de amonestaros á todos; y ahora de nuevo os encomiendo á Dios, á la gracia y á la proteccion de aquel, que puede concluir su obra y daros parte de la herencia de los santos. Yo no he querido recibir de nadie oro, ni plata, ni vestidos, como lo sabeis personalmente; para acudir á mis necesidades y á las de las personas que me han acompañado, he recurrido al trabajo de mis manos, enseñándoos así que es necesario auxiliar por todos medios á los flacos, trabajando lo mismo que yo; y acordarse de las palabras de Jesucristo, que decía: *mayor felicidad causa dar que recibir.*" Habiendo hablado de este modo, se arrojó y puso á orar en favor de los congregados y en compañía de ellos; y como habia anunciado que no se verian ya en adelante, principiaron á llorar y le abrazaron despues estrechamente; no pudiendo separarse de su persona, todos juntos, muy tristes y abatidos, le acompañaron hasta el punto de embarcarse.

Desde Mileto San Pablo y sus compañeros fueron á la isla de Cos, y al otro dia á la de Rodas, y despues á Patara en el continente (Licia). Allí tomaron nueva embarcacion que salia para la Fenicia, y dejando á la izquierda la isla de Chipre, llegaron á Tiro, en que debia desembarcar aquella su género. Como estaban entonces cerca de Jerusalem, y tenian seguridad de llegar allá para celebrar la Pascua, quedose San Pablo en Tiro siete dias con aquellos cristianos, que se esforzaron aunque inútilmente en impedir su marcha. Pero al emprenderla todos le acompañaron hasta la costa con sus mujeres y niños, y en ella se arrojaron para hacer oracion juntos antes de separarse. Embarcados San Pablo y sus compañeros llegaron á Tolemaida, donde concluyó la navegacion. Allí despidiéndose salieron para Cesarea, donde se detuvieron

tambien algunos dias, alojándose en casa de San Felipe, uno de los siete diaconos. Durante su permanencia en esta ciudad, el profeta Agabo, que llegaba de la Judea, cogió el ceñidor de San Pablo, y enredando en él sus piés y manos, le anunció que de este modo le cargarían los judíos de cadenas, y le entregarian á los gentiles. Cuando oyeron esta prediccion San Lucas y los demás discipulos, conjuraron á San Pablo con todas sus fuerzas para que no se trasladase á Jerusalem; pero el apóstol declaró que se hallaba pronto á sufrir la prision y la muerte por el nombre de Jesucristo. Pusieronse todos en camino, acompañados de muchos cristianos de Cesarea y de un antiguo discípulo, llamado Mnason, originario de Chipre, en cuya casa debían hospedarse en Jerusalem.

Al día siguiente de su llegada fueron á visitar al apóstol Santiago obispo de aquella ciudad, en cuya morada se juntaron todos los clérigos, y San Pablo refirió menudamente lo que Dios habia obrado por su ministerio en favor de los gentiles. Tambien ellos le noticiaron la animosidad que los judíos le guardaban, y se le aconsejó que se uniese con cuatro hombres que habian hecho el voto de los nazarenos, y que ofreciese con ellos los sacrificios prevenidos por la ley, á fin de que se convenciese todo el pueblo de que el apóstol la practicaba, lejos de condenarla, como solian acusarle. No dudó San Pablo seguir el consejo para desmentir la calumnia; y al día siguiente, habiéndose purificado segun la ley, entró en el templo con los nazarenos para declarar el cumplimiento del voto que habia hecho, de asistir á los sacrificios que con esta ocasion debían ofrecerse. Ya iba á concluir las ceremonias, que duraron siete dias, cuando los judíos que vinieron del Asia, viendo en el templo á San Pablo se arrojaron á él, clamando secorro á los israelitas, y diciendo: "Aquí tenéis un hombre que no cesa de blasfemar contra la ley y contra el templo; y ahora viene á profanarle, introduciendo en él á los gentiles." Esto alegaban porque habian visto en Jerusalem á Trofimo, de Efeso, que acompañaba á San Pablo, y creían que este le habia introducido en el templo. Conmoviése el pueblo en un instante, y precipitándose sobre el apóstol, le arastró fuera de aquel, cerrando despues las puertas. Golpeaban tanto al apóstol, que poco hubieran tardado en matarle, cuando el tribuno de la cohorte romana que hacia la guardia en el templo, observando este tumulto, se acercó con una porcion de soldados y le sacó de manos de aquellos. Mandó que le cargasen con dos cadenas, y le condujesen á la ciudadela, que ocupaba la legion romana, enmedio de los gritos de la confusa multitud que voceaba sin saber absolutamente la causa. Era la ciudadela un espacioso recinto fortificado y próximo al templo, al que dominaba por su mayor elevacion. Subíase á ella por muchos escalones, y el tropel era tan grande, que fué necesario que los soldados le llevasen como en el aire, y siempre perseguido con los alaridos que recla-

maban su muerte. En cuanto entró San Pablo en el recinto, pidió que le dejasen hablar al tribuno. Preguntó este si sabía el idioma griego, que era el que usaban los romanos con todos los orientales, y luego le dijo: "no eres tú aquel egipcio que en estos dias procuró excitar un motin con el auxilio de cuatro mil sicarios?" En efecto un impostor que vino de aquella region, y que se proclamaba profeta, habia atraído una considerable reunion al monte de las Olivas, persuadiéndoles que iban á caer las murallas de la ciudad en cuanto el lo mandase. San Pablo respondió que era judío, originario de Tarsis, en Cilicia, y pidió que le permitiese hablar al pueblo. Habiéndosele concedido, se subió en las gradas y puesto de pié, hecha señal con la mano, le escucharon con grande atencion, echando de ver que hablaba en hebreo. Comenzó á referir todas las circunstancias de su vida, su educacion dirigida por Gamaliel, el zelo que habia manifestado por la ley, sus persecuciones contra los cristianos, su viaje á Damasco, la vision que tuvo en el camino, su regreso á Jerusalem, y cómo Jesucristo le habia mandado que fuese á predicar á los gentiles. Hasta entonces le habian escuchado los judíos con todo sosiego; pero en cuanto nombró á los gentiles, su furor se exaltó de una manera indefinible. Con espantosos anlidos pedían su muerte agitándose como frenéticos, y arrojando al aire sus vestiduras y puñados de tierra que formaban una nube de polvo. El tribuno hizo retirar á San Pablo, y deseando saber la causa de esta violenta asonada, mandó que le azotasen y pusieran en el tormento. Ya estaba atado para la ejecucion de la sentencia, cuando dirigiéndose al centurion que debia presentarla, le dijo: "Es lícito entre vosotros azotar á un ciudadano de Roma, que no ha sido condenado?" Corrió el centurion á referir estas palabras al tribuno, que vino á preguntar á San Pablo, si ciertamente era ciudadano romano. Como el apóstol lo afirmase y que era desde su nacimiento, asustado el tribuno hizo que se retirasen todos los que iban á ponerle en tortura; y al otro día despues de haberle quitado las cadenas, presentó al consejo de los judíos que habia mandado convocar, para averiguar de qué se le acusaba. Apenas San Pablo empezó su defensa, cuando el sumo sacerdote Ananias mandó que le diesen un bofetón. Dijo le el apóstol: "Tú, pared blanqueada, serás herido por el mismo Dios. Pues ¡qué estás sentado para juzarme segun la ley, y mandas á pesar de ella que me hieran el rostro?" Entonces clamaron otros diciendo que habia maldiceido al gran sacerdote; y el apóstol creyó que debia justificarse, protestando que no le conocía, y que no resultaba extrañeza, habiéndolo permanecido en la ciudad tan corto tiempo; y que por otra parte desde el reinado de Herodes habian dejado de ser vitacios estos cargos, y no se sucedían en ellos segun el orden legitimo, siendo nombrados y depuestos los sumos pontifices á gusto de los reyes y gobernadores de la Judea. Con todo para des-